

reaparecen las cualidades de carácter, momentáneamente oscurecidas por la venganza ejercida en el alcázar de Talavera <sup>1</sup>.

Aun los historiadores que no tratan de excusar ni disminuir la responsabilidad de la Reina por la muerte dada á la Guzman, hacen justicia á los generosos sentimientos de la madre del Rey D. Pedro. «Con esto, dice Florez, empezó la viudez de nuestra Reina con las estimaciones de madre del Príncipe reinante; y como estaba en su gracia, le seguía donde iba la Corte, que tuvo luego que pasar á Castilla, y en Búrgos empezó Doña María á interponer buenos oficios para salvar la vida de los que en el nuevo reinado podían empezar á sentir los últimos rigores. Así le sucedió á Garcilaso de la Vega, Adelantado de Castilla, á quien la Reina previno del mal que le amenazaba, y no usando de la importantísima precaucion de la bienhechora, le costó la vida.»

Pronto vinieron los acontecimientos á hacer nueva ostentacion de influencias del de Alburquerque, enderezadas á intentos en los cuales no tenia parte Doña María.

Hubo de ocurrírsele á la cuidadosa madre no demorar un ventajoso matrimonio de su hijo, sin duda con el buen intento de evitar que su corazón se anticipase á distraerse en mancebas. Consultado el caso con los mas obligados consejeros, y por lo tanto con el de Alburquerque, acordóse pedir á Francia esposa para el monarca de Castilla. Partieron allá con esta embajada el obispo de Búrgos, D. Juan Sanchez de las Roelas, y un noble caballero de Cuenca, que habia por nombre Alvar Garcia de Albornoz. Fijóse con acierto la eleccion de los embajadores en Doña Blanca, hija del duque de Borbon, D. Pedro I, y

<sup>1</sup> D. Modesto Lafuente que no trata ciertamente con escaso rigor á Doña María, añade empero las siguientes observaciones:

«En cuanto al Rey D. Pedro, si no fué partícipe de aquella muerte, por lo menos no hemos oido en ninguna parte que dirigiera una palabra de reconvencion, ni aun de desaprobacion, á su madre por haberla ordenado. Al contrario, siguiendo el Rey con su corte para Castilla, y habiendo entrado en la fuerte villa de Palenzuela, donde se hallaba D. Tello, otro de los hijos de Doña Leonor, cuando éste se le presentó á hacerle homenaje, díjole el Rey con admirable sangre fria: *¿Sabedís, D. Tello, como vuestra madre Doña Leonor es muerta?* El jóven D. Tello, ó por temor que el rey le inspirára, ó por sugestion de D. Juan Garcia Manrique, contestó con estremada humildad: *Señor, yo non he otro padre nin otra madre, salvo á la vuestra merced.* Plúgole al Rey, dice el cronista, la respuesta que D. Tello dió, y o creemos bien.» (Historia de España, loco citato).

hermana de la Reina Doña Juana de Borbon, esposa del Rey Carlos V de Francia.

No hubo novedad ni entorpecimiento alguno en este negocio. Firmáronse los esponsales en julio de 1352, mediante poderes al efecto otorgados por el Rey D. Pedro, y dióse orden de que la princesa fuese acompañada á España.

No son de este lugar los incidentes que pusieron estorbo á la inmediata venida de Doña Blanca, incidentes que el de Alburquerque veria con buenos ojos, á juzgar por la maña que se dió en aprovecharlos. Temia sin duda el favorito que su influencia pudiese sufrir menoscabo con la llegada de la futura Reina; y aconsejándose de su ambicion, anticipóse á asegurarse por malas artes el predominio en el corazón del jóven monarca.

Obedeciendo á estos intentos, procuró que el Rey viese á una doncella, dotada de gracia y hermosura, que se habia criado en casa del de Alburquerque. Esa jóven, de entendimiento grande, aunque pequeña de cuerpo, llamábase Doña Maria de Padilla, y la tenia en su casa, por haber cuidado de su crianza, Doña Isabel de Meneses, esposa del favorito y ambicioso ministro. Era la Padilla, hija de Don Diego Garcia de Padilla, señor de Villagera, y de Doña Maria Gonzalez de Hínestrosa. Fuele presentada al Rey D. Pedro en Sahagun por D. Juan Fernandez de Hínestrosa; «y el Rey la recibió con tanta satisfaccion, que al año siguiente tuvo prenda de ella en una hija, á quien pusieron el nombre de Beatriz, nacida en Córdoba, y muy heredada por el Rey con los castillos de Montalvan, Capilla, Burguillos, Mondejar y Juncos, que fueron de D. Alfonso Fernandez Coronel, á quien el Rey acababa de quitar la vida <sup>1</sup>.»

La Reina Doña Maria estaba ignorante de estos bajos manejos del de Alburquerque; y nos place insistir en esta circunstancia, para que apreciándose mejor el carácter del ministro, no se tengan por inverosímiles las sospechas, apuntadas mas arriba, de que á despecho de

<sup>1</sup> Florez, *Memorias de las Reinas católicas.*

las apariencias se atribuya al de Alburquerque una parte principalísima en el único hecho que con asombro de la consecuencia, de la verosimilitud y del buen sentido, tiende á deslucir la reputacion de la Reina madre, antes y despues agena á tildes de todo linage <sup>1</sup>.

Prenda de esta verdad, es su leal proceder con la Reina Doña Blanca. Llegó esta á Valladolid á 25 de febrero de 1353, siendo recibida con singular agrado por la Reina madre que allí estaba. «Esta «noticia de haber llegado la Reina Doña Blanca, le cogió al Rey en «Torrijos, cinco leguas de Toledo, donde tenia á Doña María de Padilla; y como se hallaba muy enamorado de ella por su particular «hermosura, agrado, y buenas potencias, estaba resfriado en la boda «de Doña Blanca. D. Juan Alfonso de Alburquerque, su privado, le «persuadió con eficacia los grandes intereses que se atravesaban en «aquel casamiento, y los perjuicios que podian resultar en contravenir

<sup>1</sup> Ponemos singular empeño en consignar que el mismo historiador que no guarda consideraciones con la Reina por la muerte de la Guzman, ayuda á nuestro intento de fijar las mas negras sospechas en el ministro. He aquí los términos en que consigna Lafuente las bajas miras del de Alburquerque:

«Supónese, y fundamentos sobran para creerlo, que ni la entrevista ni la relacion amorosa de D. Pedro y la Padilla fueron resultados de la casualidad, sin ocasion y lazo mañosamente preparado por Alburquerque, el cual, conociendo á fondo la condicion y las inclinaciones del jóven soberano, su antiguo pupilo, viendo la tardanza en venir de la desposada princesa de Francia, y temeroso de «decaer en el valimiento y privanza del Rey, si por acaso éste fijara su cariño en tal otra dama cuya influencia en el ánimo del monarca «le pudiera perjudicar, calculó que aseguraria su omnipotencia y predominio poniéndole en trance de dejarse avasallar por las naturales gracias y encantos de una jóven, que como criada en su casa y al lado de su esposa, habria de serle obsecuente á el mismo y «contribuir al afianzamiento de su poder. Abominable conducta é innoble medio de buscar apoyo y seguridad al favor; mas, por desgracia, no es raro caso en los privados de los reyes estudiar sus caprichos y flaquezas y estimularlas para seguir dominando en su «corazon. Engañóse no obstante el de Alburquerque, pues lo que calculó que habria de ser la base mas sólida de su privanza, fué lo «que labró poco á poco su caimiento.» *Id. ibid.*

Por nuestra parte no añadiremos sino que, si el de Alburquerque hubiese sido único autor de la muerte de Doña Leonor de Guzman, nos parecería en esto menos bajo, y miserable y repugnante, de lo que aparece serlo en las malas artes de poner al Rey en el trance de concertar relaciones con la Padilla.

Mal le salieron empero sus ardides á D. Juan Alfonso de Alburquerque. Los amores con la Padilla, promovidos por él para consolidar su influencia, fueron causa de que se le arrebatasen otros allegados. Encargado de convencer al Rey de la conveniencia de volver al lado de la Reina Doña Blanca, á quien habia abandonados dos dias despues de la boda y ya en camino para Toledo con este intento, sospechó traidoras intenciones, y se marchó á sus tierras, donde tuvo al fin la suerte de alcanzar del Rey una transaccion. Las deslealtades que el monarca usaba con otros, aconsejaron al de Alburquerque retirarse á Portugal, y convenirse mas adelante con los hermanos bastardos del Rey para la liga encaminada á que éste entrase en razon. Durante estas turbulencias, murió el de Alburquerque en Medina del Campo, ordenando que no se enterrase su cadáver hasta que terminase la conjuracion en que se habia metido. Los de la liga cumplieron esta singular disposicion, y al mover sus huestes llevaban consigo el féretro de Alburquerque, y aun en los consejos hablaba por él su mayordomo mayor Ruy Diaz Cabeza de Vaca. Cuando los de la liga creyeron haber triunfado por tener al Rey en su poder, y haberse distribuido los empleos de palacio, consideraron cumplido el deseo de Alburquerque y dieron sepultura á su cadáver en el célebre monasterio de Espina. Y aunque el triunfo de la liga tuvo mas de aparente que de real, y fué momentáneo, no se pensó ya en quitar el sosiego al féretro de Alburquerque y lo dejaron en su sepultura.

«á cosa ya efectuada. Movióle de mas del bien comun, el mal éxito «que halló en la empresa de la dama; pues habiéndola él tramado para «tener mas á su voluntad la del Rey, queria ya apartarle de su amor, «por cuanto los parientes de Doña María (la Padilla) tenian contra él «mucho valimiento en el Soberano. Movido este de la persuasion de «D. Juan, pasó á Valladolid, y convocó á los señores del Reino, para «que asistiesen á las bodas en la misma ciudad de Valladolid, como «se hizo en lunes 3 de junio del espresado año de 1353 en que el rey «D. Pedro tomó por muger, y se veló con Doña Blanca de Borbon, «que era de edad de diez y ocho años <sup>1</sup>.»

Eran sus prendas personales dignas de cautivar el amor del monarca. Jóven y hermosa, Doña Blanca no pudo sospechar el inmediato desvío que vino á sorprenderla, con singular asombro de todos, y señaladamente de la Reina madre. Tan pronto casada como desamada, —si es que desamor cabia en quien no habria llegado sin duda á ponerle amor, —pudo apenas dar crédito á los rumores que dos dias despues de su solemne y tan festejada boda corrieron, de que el Rey iba á reunirse con la Padilla. En hora temprana hubo de prevenir la Reina madre nuevas ocasiones de afliccion y desconsuelo. Hondamente apesadumbraba por la intempestiva y escandalosa resolucion que los rumores públicos atribuian al Rey su hijo, acudió llorando á interponer su valimiento para disuadirle de propósito tan impensado; y como el Rey habia guardado y seguia guardando señalada deferencia con su madre, dejola consolada y casi repuesta de su afliccion, con

<sup>1</sup> A propósito tomamos de otro historiador, el P. Florez, las frases transcritas, para que se vea cuanto ayudan ellas á poner una vez mas en contraste el bajo proceder del ministro, y la digna conducta de la Reina madre. Ya que nuestras son las sospechas que en otro lugar hemos esplanado, bueno es que busquemos en testimonios ajenos la confirmacion indirecta de nuestras apreciaciones.

Por lo demas, el propio escritor describe las ya citadas bodas en los siguientes términos:

«Celebráronse las fiestas con grandes regocijos, justas y torneos, á que concurrieron los Reyes con aparato magnifico, vestidos de telas de oro en fondo blanco, forradas de armiños, saliendo montados en caballos blancos. D. Juan Alfonso de Alburquerque fué padrino del Rey. La Reina de Aragon Doña Leonor (tia del Rey D. Pedro) fué madrina de la Reina, saliendo montada en una mula. A la novia acompañaban de á pié los señores mas principales del reino, llevando la rienda del caballo el conde D. Enrique, y D. Tello, su hermano, hijos del Rey difunto. El Infante D. Fernando de Aragon conducia la rienda de la mula, en que iba su madre la Reina Doña Leonor. La de Doña María, madre del Rey, la llevaba el Infante D. Juan de Aragon, hermano de D. Fernando, ostentando todos mil lucimientos en galas y bizarrías.» *Memorias de las Reinas católicas.*